

San Juan Crisóstomo

HOMILIA VIII

(...)

Pero además se nos enseña algo que no poco incita a la práctica de la virtud. ¿Qué cosa es? Que al principio debemos esperar tentaciones y peligros. Porque ve cómo eso le aconteció a El desde la cuna. Apenas nace y el tirano se enfurece. Enseguida viene la fuga, la expatriación; y la Madre, inocente y sin culpa, tiene que escapar a una región bárbara. Todo para que tú, habiendo oído estas cosas, cuando te encarguen algún ministerio espiritual y veas que sufres cosas duras y que te hallas en medio de infinitos peligros, no temas, ni digas: ¡ Convenía que yo recibiera coronas y alabanzas y ser ilustre y preclaro, pues estoy cumpliendo las órdenes de Dios! Confortado con este ejemplo, llévalo todo con fortaleza, sabiendo ya que tal es la suerte que ante todo espera a los varones espirituales: el que en todas partes los acometan las tentaciones.

Y advierte cómo semejante suerte toca no sólo a la Madre y al niño, sino también a los bárbaros aquellos. Porque también ellos tienen que escapar como fugitivos. Y a la Virgen, que jamás había salido de su casa, se le ordena ahora emprender un largo y trabajoso camino; y eso por haber dado a luz al niño; y tras de aquel espiritual parto. Observa además otra cosa estupenda. Mientras Palestina le pone asechanzas, Egipto lo recibe y lo guarda al ser acometido. Porque no únicamente en los hijos del patriarca se verificaban figuras, sino también en el Señor. Pues por las cosas que él hizo, se predecían muchas de las que después sucedieron. Por ejemplo en lo del asna y el borriquillo.

Y el ángel que se apareció no habló a María, sino a José. Y ¿qué le dijo?: *Levántate, toma al niño y a su Madre.* Aquí ya no le dice: y a tu esposa; sino: *a su Madre.* Una vez que se verificó el parto, ya la sospecha se ha deshecho; al esposo se le ha certificado: el

ángel puede ya expresarse libremente y no decirle ni *a tu hijo* ni *a tu esposa*; sino: *al niño y a su Madre y huye a Egipto*. Y añade la razón de la fuga: porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida. Cuando José hubo oído aquello, no se dio por ofendido ni se escandalizó ni dijo: ¡Esto es un enigma! Porque hace poco me decías que él *salvará a su pueblo*. Y ahora ni a sí mismo puede salvarse sino que tenemos que echar mano de la fuga y salir peregrinando y expatriarnos allá lejos. Cosa es ésta contraria a tu promesa. Pero nada de eso dijo, pues era varón fidelísimo. Ni siquiera preguntó el término del tiempo para el regreso, a pesar de que el ángel se expresó en una forma indefinida. Porque dice: *Y está ahí hasta que te diga*. Esto no lo hizo ni un poco perezoso, sino que obedeció y puso todo en ejecución y llevó con gozo todas las pruebas.

Dios, que es benigno, mezcló dulzuras con aquellos trabajos, como suele hacerlo con todos los santos. No nos presenta ni peligros ni paz sin término, sino que ordena el camino de los santos, mezclando unos y otra. Así lo hizo ahora y quiero que lo valorices. Ve José que la Virgen está encinta, se conturba y queda transido de tremendas congojas. Sospecha que la doncella pudiera ser adúltera. Pero al punto se le presenta el ángel que deshace la sospecha y aleja el temor. Cuando ve al niño nacido, se llena de gozo; pero pelagra su gozo no poco con la turbación de la ciudad, la furia del rey que busca al niño para matarlo. Sin embargo, a semejantes temores se sigue otro gozo: la aparición de la estrella y la adoración de los magos. Y luego tras de ese gozo, de nuevo el temor y el peligro. Pues le dice el ángel: *Herodes busca al niño para matarlo*. Y así no hay sino emprender la fuga y expatriarse al modo humano, pues aún no convenía obrar milagros.

Si ya desde su infancia hubiera hecho milagros, no se le creería verdadero hombre. Por tal motivo, no se forma simplemente en el templo, sino que se muestra hombre y se forma la hinchazón en el vientre y se sigue el espacio de nueve meses y el parto y la lactancia y la vida oculta por mucho tiempo y se espera a que llegue la edad viril, a fin de que con todos estos pasos se hiciera creíble el misterio y economía de la Encarnación. Preguntarás: ¿por qué entonces en los principios hubo aquellos milagros? Por su Madre, por José, por Simeón cercano a la muerte, por los pastores, por los

magos, por los judíos. Si éstos hubieran querido ponderar los acontecimientos con cuidado, habrían sacado no pequeño fruto para después.

(...)

Cuando el ángel dijo: *Huye a Egipto*, no prometió que los acompañaría en el viaje ni al bajar ni al regresar, con lo que significaba que ya ellos tenían un gran compañero en el tierno niño. Porque El apenas apareció, cambió todas las cosas; y lo hizo para que los mismos enemigos sirvieran maravillosamente a la nueva economía. Así los magos y bárbaros, abandonando su paterna religión, vienen para adorarlo; Augusto procura el parto en Belén al ordenar que se haga el censo; Egipto, recibiendo al perseguido y acometido con asechanzas, le conserva la vida, con lo que tiene ocasión de alguna familiaridad con El, para que más tarde cuando oyera que lo predicaban los apóstoles, pudiera gloriarse de haber sido el primero en recibirlo.

(...)

(San Juan Crisóstomo, Homilías “Comentario al Evangelio de San Mateo”, Tomo II, Editorial Tradición S.A., México, 1978, Pág. 109-112)